

“EL ÚLTIMO ADIÓS DE PEDRO DOLORES” (POR ANASTASIO)

“Húndete en la ceniza, perra de hielo,
Que te trague la noche, que te corrompa
La oscuridad; nosotros, hombres de lágrimas,
Maldecimos tu paso por nuestras horas”.

(“Duelo ceremonial por la violencia” de David Escobar Galindo)

Una semana tenebrosa. Sin servicio de energía eléctrica y un ambiente de zozobra, en el que campeaba la muerte. Ruidos estrepitosos, silencios preñados de miedo, rostros compungidos por el dolor, todo olía a tristeza y pavor.

Las noticias anunciaban la muerte de ellos. Que fue la guerrilla y otras palabras cargadas de hipocresía. El Gobierno y la Fuerza Armada lamentaban tan vil masacre. Cadena de medios de comunicación que solo servían para desinformar y calumniar. En días anteriores los habían insultado y acusado de envenenar la mente de la juventud.

Pero el corazón de Pedro Dolores le decía que algo se estaba encubriendo; que los culpables de la masacre había que buscarlos en el sector del Gobierno, de los poderes económicos y militares. Con el paso del tiempo la luz de la verdad desplazaría a las tinieblas de la falsedad.

El joven deseaba vehementemente que la situación se fuera calmando, que por lo menos cesaran los enfrentamientos armados en la capital. Sentía la necesidad de verlos por última vez, aunque sea de lejitos, por la cantidad de personas aglomeradas en el sepelio.

Deseo cumplido. Las hostilidades militares menguaron. El cielo azul se tornó despejado; el sueño y el descanso comenzaron a normalizarse; el estruendo bestial de la guerra cedía al tierno llanto de un bebé, al latido juguetero del perro y al cantar temprano de los gallos.

Hizo una oración, se bañó, desayunó y caminó varios kilómetros -pues el servicio del transporte público aún no se normalizaba- hacia un lugar donde pasara algún que otro bus de la ruta de buses que lo llevaría a la Universidad.

Abordó el bus; los segundos se convertían en minutos y éstos en horas. Era tanta la ansiedad por ver, por última vez, de manera personal, los cuerpos yacientes de los mártires. Así, llegó al campus, entró y tristemente no pudo participar de la misa de cuerpo presente. El auditorio estaba vacío con olor a luto y dolor. Buscó con precipitación el lugar exacto donde se encontraba el cortejo fúnebre o el acto ritual de las exequias. En voz suave decía para sí mismo: Llegué demasiado tarde. ¡Qué tortuga de bus en que me tocó viajar!

Pero la alegría afloró en su rostro al darse cuenta que los mártires todavía no habían sido sepultados. Sus cuerpos inertes yacían en féretros cargados por hombres que

tuvieron esa oportunidad y privilegio. La procesión, con aire a viernes santo, se desplazaba hacia la capilla, morada final de sus cuerpos.

Entonces pudo cumplir su sueño. Se abrió paso un tanto arrebatado y con algún que otro empujón en medio de mucha gente. Llegó hasta donde se permitía. El límite lo marcaban unos lazos tensados por varios colaboradores para tal ocasión.

Así, a pocos centímetros de distancia, brotaron lágrimas de sus ojos tristes y cansados; con un nudo en la garganta, de indignación y reflexión, levantó su mano, fijó su mirada en cada uno de los ataúdes y les dijo en voz baja: Adiós, Ellacu, Lolo, Nacho, Segundo, Moreno y Amando. Gracias, mártires por toda una vida donada al servicio de las mayorías populares de nuestro país; los veré después en las luchas sociales por la vida, la solidaridad y la justicia.

El sol del mediodía, propio de noviembre, se volvía opaco y el día seguía su curso entre tristezas, recuerdos y lágrimas con aroma a mártires. La ofensiva iba cediendo poco a poco a la calma, mas no a la paz.